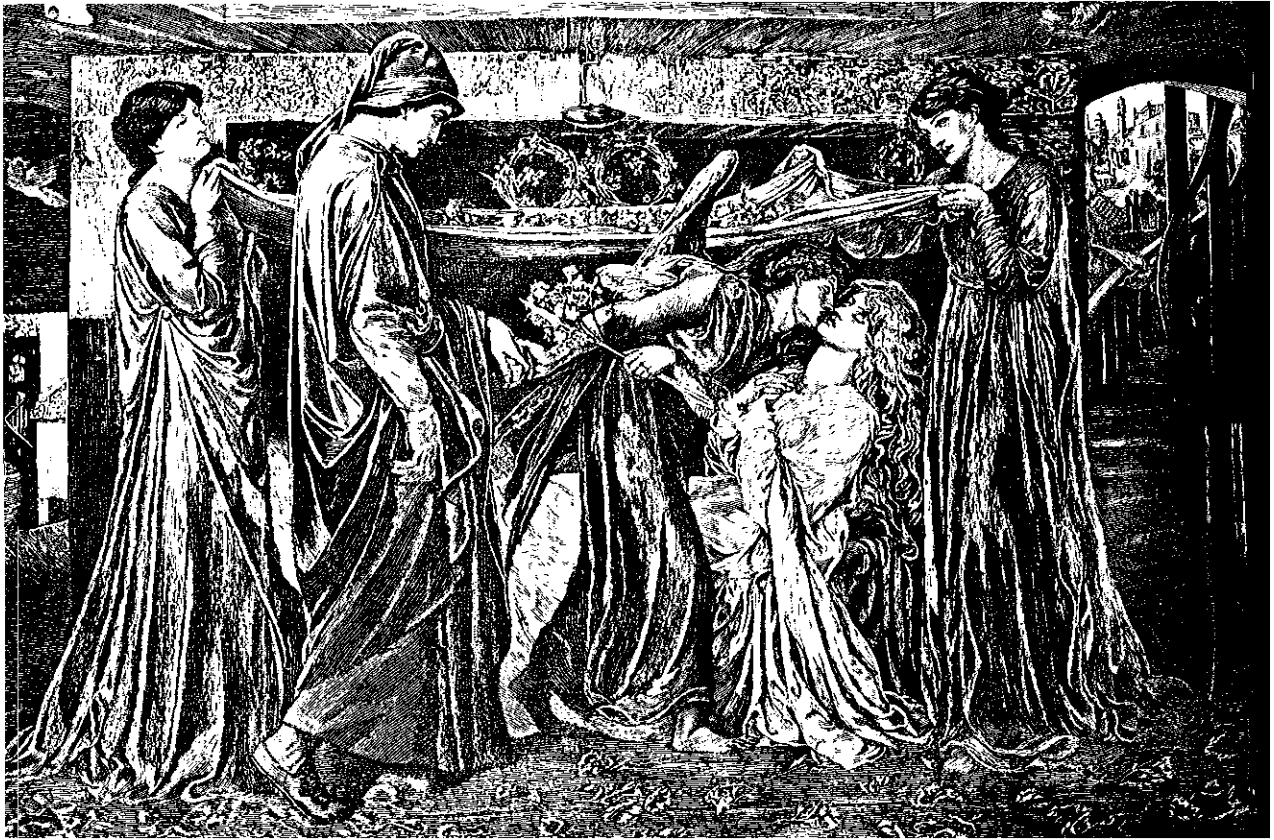


## TRADUCCIONES





EL SUEÑO DE DANTE

*Dante Gabriel Rossetti*



# FRANCESCA DE RIMINI

POR FRANCISCO GAVIDIA.

TRADUCCION DIRECTA DEL EPISODIO DE FRANCESCA DE RIMINI, DE LA "DIVINA COMEDIA" DE DANTE ALIGHIERI

ARGUMENTO:—Segundo círculo del Infierno: el Dante encuentra en él el tormento de los lujuriosos, que son arrastrados por horribles huracanes en una región lóbrega. Entre estos condenados reconoce a Francesca y a Paolo.

*Habla Dante:*

*—Deseo, dije yo a Virgilio, sienta  
De hablar a esas dos almas (1) que volando  
Ligeras van al ímpetu del viento.*

NOTAS DE D. CAYETANO ROSELL,  
Autor de una traducción en Prosa

- (1) Las dos almas que tanto interés produjeron en Dante eran la bellísima Francisca, hija de Guido de Polenta, y Pablo Malatesta, su cuñado Casada aquella según parece, por engaño, con el hermano de éste, Lanciotto o Cianciotto, príncipe despreciable y deforme, cuando su hermano era gentil y airoso, tuvieron ambos cuñados, que ya se habían amado, la desgracia de entregarse a su pasión; de lo que sabedor el marido, los sorprendió un día, y a un mismo tiempo les dio la muerte. Llámase Francisca de Rímini la desdichada amante, y generalmente por este nombre, se la conoce, porque los dos hermanos Malatesta eran hijos del señor de Rímini.

*Y él respondiome: —Estemos esperando  
Que ante nosotros la pareja arribe,  
Y a nombre del amor que están penando,*

*Llámalas y vendrán. ¡Oh, en quienes vive  
Profunda pena; oh almas! acercaos  
Si nadie mal mi súplica recibe,—*

*Grité en esa región llena de vahos.  
Dejando el grupo en que se hallaba Dido  
Cruzaron el ambiente de aquel caos,*

*Cual dos palomas que el amor ha herido  
Las alas tienden tersas y lascivas  
Y el aire cortan hasta dar al nido.*

*—¡Oh tú, mortal, de entrañas compasivas!  
¿Vienes de los que el mundo hemos manchado  
Con sangre, a las moradas aflictivas?*

*¡Oh! si el Rey de los mundos ablandado  
Me oyera, pediría tu ventura,  
Ya que en ti nuestro mal piedad ha hallado.*

*Mientras la calma de este viento dura,  
Te oiremos y hablaremos en reposo,  
Si esto al llamarnos tu intención procura.*

*La tierra en que nací está en el tortuoso  
Golfo, donde el Eridano aumentado  
De otros ríos desagua fatigoso. (2)*

*Amor que hiere el pecho delicado,  
A éste, (3) con mi hermosura le encadena,  
Que ya he perdido y tanto me ha dañado. (4)*

(2) Era la ciudad de Ravena, situada en la playa del mar Adriático, a unas diez millas de la desembocadura del Po

(3) A su amante y cuñado Pablo

(4) *Ancor m'offende* La dañada por el recuerdo de su trágico fin, o por la pena que la causaba, o, según otros, por el engaño de que fue víctima al casarse (x)

(x) Este comentario sigue el texto "e' l modo ancor m'offende" Yo sigo la lección de Vincenzo Promis: el *mondo ancor m'offende*, "que equivale a mi expresión y tanto me ha dañado" (N del T)

*Amor que al ser amado a amar condena,  
Tanto me enamoró que todavía  
Sufro con éste aquí la misma pena.*

*Amor nos trajo hasta la tumba fría (5)  
A ambos a dos: Caín (6) está esperando  
A aquel que nos matara en hora impía.*

*Estuve estas palabras escuchando,  
De aquella alma infeliz quejas intensas,  
Con el rostro en las manos y callando.*

*Virgilio, en fin, me interrogó: —¿Qué piensas?  
Respondí: —¿Qué de plácidos ensueños;  
Qué de amor, les trajeron a estas densas*

*Sombras, y fueron de sus almas dueños!  
Y volviéndome hacia ella: —Tu castigo  
Me puebla el alma de angustiosos sueños!*

*Cuando vosotros suspirabais, digo,  
¿Con qué indicios, y modo ingenuo y diestro,  
Tu oculto amor se reveló enemigo?—*

*Y respondiome: —“No hay (como lo nuestro)  
Mayor dolor que recordar el goce  
En la desgracia”, ha dicho tu maestro. (7)*

*Mas si tu afán el trance no conoce  
Que nos llevó a este amor y falsa gloria,  
Lo diré, aunque el decirlo me destroce:*

*Un día, que yo guardo en la memoria,  
Leíamos los dos a horas perdidas  
De Lancelote la amorosa historia.*

*Solos, confiados... Al leer, rendidas  
Nuestras almas, buscaban inmutadas*

(5) Los condujo a la par, a un mismo tiempo, a la muerte

(6) Caín o Caina, el lugar o círculo reservado en el Infierno a Caín y los fratricidas

(7) Esto se dice, o por Virgilio, o por Boecio, autor del libro *De Consolatione*, etc., de quien era Dante muy apasionado

*Mis pupilas las tuyas encendidas,*

*Diciéndose mil cosas ignoradas;  
Mas un punto, no más, dejó cautiva  
Nuestra alma en ligas al honor vedadas:*

*Cuando al leer que el amante en su ansia viva,  
Con un ardiente, apasionado beso  
Apagó una sonrisa incitativa,*

*Este mi inseparable, escuchando eso,  
Trémulo de pasión que ambos sentimos,  
La boca me besó con todo exceso.*

*En el ardor de un libro nos ardimos:  
Galleotto (8) fue, como su autor, la historia . . .  
Ya más en aquel día no leímos (9).*

*Mientras Francesca hacía esta memoria,  
Paolo sollozaba sin concierto,  
Tal, que sentime en aflicción mortuoria,  
Y caí como cae un cuerpo muerto.*

(8) Tan confuso está este pasaje, que requiere una explicación. Galeotto fue el medianero en los amores de Lanzarote y la reina Ginebra. Por esto dice Francesca que entre ella y su amante fue también Galeotto, esto es, medianero el libro, como su autor, que se llamaba así.

(9) No llevarán a mal nuestros lectores que insertemos aquí alguna de las muchas ilustraciones que se han dado a luz sobre el célebre cuento poético episodio de Francesca de Rímíni.

Desde luego parecerá no muy delicado el proceder de Dante, al saber que imprimía esta mancha en la ilustre familia de un favorecedor y amigo suyo. Mas las palabras que pone en boca de Francesca son de tal naturaleza, que no pueden menos de inspirar vivísimo interés y lástima. Francesca atribuye la pasión de su cuñado, no a depravación, sino a nobleza de ánimo. Confiesa que ella le correspondió, que amó porque se vio amada, que triunfó de su corazón este sentimiento, y que fue su castigo una muerte indigna. Dante reúne aquí la concisión a la claridad, y la más ingenua sencillez al conocimiento más profundo del corazón humano. La pasión de Francesca sobrevive al castigo que le impone el cielo, pero sin vestigio alguno de impiedad. No fue seducida: solos y desprevenidos contra el peligro a que se exponían, pusieronse ambos cuñados a leer una historia amorosa; la ventura de los dos amantes de que se trataba les sugirió involuntariamente un ciego deseo. Confesado el hierro, se apresura la infeliz a terminar la escena con un toque que revela su vergüenza y su confusión. —*Quel giorno più non vi leggemmo avante*. Y no profiere una palabra más.

Dante hace siempre que la justicia divina caiga sobre el culpable, pero la piedad humana compadece y atenúa la ofensa según las circunstancias que han contribuido a ella. Vitupera o alaba a las personas conforme al bien o al mal que han ocasionado a su patria, conforme a la gloria o infamia que han procurado a su reputación. Para las naciones que viven en un estado semi salvaje, no hay más que las pasiones; y Dante, que escribió para su época, juzgaba honrosa la venganza, como lo demuestra el pensamiento que concluye una de sus composiciones líricas: *Ché bell'onor s'acquista in far vendetta*. Estas observaciones ilustran el episodio de Francesca, conforme en un todo con las máximas, la poesía y las inclinaciones de Dante y del siglo en que vivió. Satisface a la justicia divina poniendo a Francesca en el infierno, pero de suerte que es digna de compasión, y da a la hija de su amigo la celebridad que no podía concederla la tradición. Añádase a esto que cuando Dante escribía estaba aún vivo y era poderoso, el marido de Francesca, pero la audaz indignación del poeta le destina a la infamia, condenándole como a los fratricidas: *Caino attende chi in vita ci spense*. La verdad es que el padre de Francesca continuó protegiendo a Dante, y que no sólo acompañó sus restos mortales al sepulcro, sino que pronunció en su honor un elogio fúnebre. Sus sucesores defendieron también la tumba del poeta contra el poder de Carlos de Valois, rey de Nápoles, y del Papa Juan XXII, cuando mandó desde Aviñón a Ravena al cardenal de Poggetto para que exhumados los huesos del poeta, los quemase y esparciera al viento las cenizas. Esta anécdota la incluye el Boccaccio en la vida de Dante, que generalmente se tiene por una novela; pero la confirma en sus escritos Bartolo, célebre jurisperito que vivía por entonces, y que muy claramente alude a aquel hecho al tratar de la ley de Reindicandis reis (ad, cod, lib I cod.) De Reindic



S T E L L A <sup>1</sup>

Yo dormía una noche a la orilla del mar.  
 Sopló un helado viento que me hizo despertar.  
 Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía  
 en el fondo del cielo, en la honda lejanía,  
 en la inmensa blancura, suave y soñolienta.  
 Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.  
 Aquel astro en vellones el nublado cambiaba.  
 Era una claridad que vivía y pensaba. . .  
 Blanqueaba el escollo, que hincha la onda al romperla,  
 Se cree ver un alma a través de una perla.  
 En vano es aún de noche, pues la sombra declina  
 y se alumbran los cielos con sonrisa divina.  
 Un reflejo argentaba, en el mástil, la altura.  
 El navío era sombra; la vela era blancura.  
 Atentas, de las rocas desgajadas y rotas,  
 veían gravemente el astro las gaviotas,  
 como un ave celeste formada de una estrella.  
 Océano, semejante al pueblo, iba hacia ella  
 y rugiendo muy bajo la miraba brillar  
 cual si tuviese miedo de ir a hacerla volar.  
 Un amor inefable lo infinito llenaba.  
 Débilmente a mis pies, la yerba murmuraba.  
 Pláticas, en los nidos. Luego, una flor galana  
 se despertó y me dijo: "esa estrella es mi hermana".  
 Y mientras que sus pliegues la sombra recogía,  
 yo escuchaba una voz que del astro venía:  
 —"Soy el astro del alba que llega desde luego;  
 soy la estrella que muere, que nace con más fuego;  
 si se me cree en la tumba, la tumba no me inquieta.  
 Brillé sobre el Sinaí; brillé sobre el Taigeta.  
 Yo soy el pedernal de oro y fuego que Dios  
 arroja, cual si fuese con una honda veloz,  
 de la espantosa noche sobre la oscura frente.  
 Cuando el mundo perece, yo soy la renaciente.  
 ¡Oh Naciones! ¡Yo soy la ardiente poesía!  
 Yo ardí sobre Moisés, yo sobre Dante,  
 el león Océano muere por mí de amor.

(1) En este poema, traducción de Stella de Víctor Hugo, Cavidia plasma por vez primera en lengua castellana, la melodía del alejandrino francés. Esta traducción lleva la fecha de 1882

*Llegó, pues; levantaos, Fe, Virtud y Valor.  
Pensadores, espíritus; ¡tú, que en lo alto vigilas!  
¡Oh, párpados, abrios! ¡Alumbraos, pupilas!  
¡Tierra! que se abra el surco, que todo se desligue.  
De pie los que dormís; porque aquel que me sigue,  
porque aquel que me envía adelante, en verdad,  
es el gigante Luz, el ángel Libertad!”*